



Repensando la Universidad en su dimensión político-democrática para los escenarios de paz

Rethinking the University in its Political-Democratic Dimension for Peace Scenarios

Repensando a Universidade em sua dimensão político-democrática para os cenários de paz

Hermano Carlos Gómez Restrepo, Fsc.

Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia

rectoría@lasalle.edu.co

Este escrito ahonda en la relación entre universidad y paz, tomando como eje de la reflexión tres aspectos: el enriquecimiento conceptual; la proyección y las posibilidades del plan de estudios y la responsabilidad social universitaria. Así mismo, propone algunas acciones por emprender, desde la Universidad, para aportar a la paz, tomando como referente el proyecto Utopía de la Universidad de La Salle.

This paper delves into the relationship between university and peace, using three aspects as focus of reflection: conceptual enrichment; projection and possibilities for the syllabus and university social responsibility. It further proposes some actions to be implemented, starting at the University, in order to contribute to peace, using the Utopia project at La Salle University as reference.

Este escrito se aprofunda na relação entre universidade e paz, tomando como eixo da reflexão três aspectos: o enriquecimento conceitual; a projeção e as possibilidades do plano de estudos e a responsabilidade social universitária. Da mesma forma propõe algumas ações por empreender, desde a Universidade, para contribuir com a paz, tomando como referente o projeto Utopia da Universidade de La Salle.

Recibido: 7 de junio de 2103 / Aceptado: 12 de septiembre de 2013

Cómo citar este artículo: Gómez Restrepo, C. (2013). Repensando la Universidad en su dimensión político-democrática para los escenarios de paz. *IM-Pertinente*, 1 (1): 153-161.

Hablar de Universidad y construcción de la paz es un tema apasionante pero complejo, que va mucho más allá de lo que se puede expresar en esta presentación. Es un tema ambicioso y en el que se necesita mucha reflexión, mucho debate pero, sobre todo, propuestas concretas que señalen caminos. Tengo la impresión de que en el contexto universitario no siempre la hemos asumido con toda la seriedad que demanda y que los temas “domésticos” o, mejor dicho, las problemáticas en el interior de las universidades, derivadas muchas veces de las angustias de financiación y de administración, nos han conducido más hacia lo interno institucional, perdiendo la mirada crítica del contexto en el que las universidades somos un actor importante, no el único — por supuesto—, pero sí de quienes la sociedad espera una palabra orientadora.

Mis aportes pretenden en suma entender “la Universidad” desde la Universidad de La Salle, no porque la nuestra agote la idea de Universidad, sino porque es la que creo conocer mejor, con la que tengo parte de responsabilidad en el papel que pueda desempeñar en nuestros contextos, y en la que me gustaría ver instaurados algunos de estos temas en estos años de importancia capital para la historia de Colombia. Así que, de entrada, me dispongo a aprender muchas ideas de parte del Consejo Superior que enriquecerán indudablemente nuestra propia experiencia universitaria y el quehacer de la Universidad misma.

Paralelamente, quiero expresar algunas posiciones —actos de fe—, si quieren, que me parece honesto decir de entrada y que siempre estarán en el trasfondo de lo que diga. No todos los podré desarrollar, pero son parte de mis convicciones más profundas:

1. Creo en el poder de la educación y en su capacidad transformadora, de formación del criterio y de construcción de tejido social. En categorías arendtianas, “la educación debe enseñar a pensar, querer y juzgar”.
2. Creo en la negociación como única salida viable, posible, necesaria y ética para poner fin al conflicto armado interno.
3. Creo en la capacidad de los colombianos para recorrer un camino de reconciliación y, ojalá, de perdón.
4. Creo que la consolidación de la paz (mejor que el concepto de posconflicto) pasa, entre otras cosas, por:
 - a) La búsqueda intencionada y conjunta de la equidad.
 - b) La expresión de la verdad completa y por parte de todos, y la aceptación de la culpa. Medias verdades, son dobles mentiras.
 - c) El cuidado preferente de las víctimas.

- d) La defensa de la democracia liberal que implica el respeto al Estado social de Derecho, la división de poderes, la independencia e interdependencia de ellos entre sí, las garantías y el respeto a la oposición.
 - e) El fortalecimiento y la recuperación de la confianza en el sistema judicial.
5. Creo que la democracia solo es posible realmente en el contexto de un pueblo educado y bien informado. A mejor educación mayores posibilidades para la democracia; en contextos de pobre educación solo se promueve y llega a las prácticas electorales clientelistas que son, de entrada, una negación de la democracia misma.

A partir de este panorama, quiero agrupar las ideas que presentaré en torno a cuatro aspectos que considerar:

1. Respecto al enriquecimiento conceptual o conocimiento mínimos que deben proveer los planes de estudios y actividades académicas para entender un proceso de negociación como el actual. La paz tiene que impactar el currículo.
2. Respecto a los espacios educativos que van más allá del plan de estudios: el currículo ampliado.
3. Respecto a la responsabilidad social universitaria.
4. Respecto a las acciones posibles que realizar desde la Universidad.

Enriquecimiento conceptual

Tengo la seguridad de que las universidades no podemos dar por hecho o por sabido que los estudiantes tienen claridad conceptual sobre las ideas fuerza de los procesos sociopolíticos y de los conexos a la negociación actual del fin del conflicto. Se impone en nuestros planes de estudio una educación política mínima que permita, de un lado, ser críticos respecto a los procesos ideologizadores —tan fértiles en nuestras instituciones— y, de otro, un acervo importante para formar el criterio y construir un marco argumentativo necesario y suficientemente sólido para un estudiante o un profesional universitario.

La lista podría volverse interminable porque incluye, de entrada, la definición misma de la política, del proceso electoral, de los sistemas de gobierno y de la democracia: mínimos de una educación cívica básica, cada vez más ausente en la formación universitaria. Pero quiero centrarme en dos ejemplos

que me parecen fundamentales para los actuales contextos y que han producido todo tipo de desorientación y de manipulación mezquina de pescadores en ríos revueltos.

- a) *Justicia transicional vs. impunidad.* Preocupa sobre manera cómo se han manoseado, desvirtuado, y malévolamente manipulados estos conceptos. Creo que aquí, en esta universidad, son pocos quienes manejan con claridad el significado, alcances, contenido e implicaciones de la justicia transicional, proceso vertebral de lo que está en juego que es la negociación del fin del conflicto.

La historia de Colombia es pródiga en ejemplos de impunidad, presentados hoy como procesos de justicia transicional, e incluso de transiciones hechas bajo la égida del “perdón y olvido” que solo han propiciado nuevas violencias. El problema es que el corazón de la transicionalidad que es la verdad, poco aparece en los procesos previos de nuestra historia, como tampoco en el discurso de quienes ven toda negociación como la puerta a la impunidad, lo que implica la negación de la justicia. No podría tampoco abordarse este asunto sin ver otros procesos allende nuestras fronteras que ilustran bien el significado práctico de tal aproximación contemporánea a la justicia en tiempos de conflicto.

El discurso facilista para oponerse a la negociación es que resulta impensable que los victimarios, independientemente de los sustantivos que los nombran y los adjetivos que los califican “deben podrirse en la cárcel”. Una vez más, al igual que el perdón y olvido: cárcel para evitar que emane la verdad u olvido como se dio en las frecuentes amnistías del siglo XX e incluso en los procesos transicionales de la década anterior. Justicia no es, necesariamente, sinónimo de cárcel pero sí es consecuencia y complemento de la verdad y la reparación.

- b) *Rendición vs negociación.* El argumento peregrino tan manido en estos días ha sido el de pensar que la única posibilidad de dar fin al conflicto es “la rendición total del enemigo”, y se cita con contundencia a Churchill o a los generales de la Guerra Civil de los Estados Unidos. Obviamente, ha resonado mucho en estos días la proclama de la “rendición incondicional” de Churchill a Alemania, con el espejismo falso de que ya llegamos “al fin del fin”.

¡Qué fácil es acomodar la historia, pero olvidar sus trasfondos! Hay una gran distancia entre las guerras convencionales y la guerra de guerrillas, y mucha entre las guerras épicas del pasado a las insurgencias presentes en la geografía colombiana, en la que prima la selva y la mon-

taña, para no entrar en la maraña que aporta el narcotráfico y los cultivos ilícitos en medio del panorama del conflicto nacional.

En el fondo, buena parte de la manipulación discursiva entraña el miedo a que el fin del conflicto develará y pondrá sobre la mesa los grandes e irresueltos problemas nacionales. Una vez desaparezca el fantasma de las FARC y de los otros grupos generadores de violencia, del secuestro, la extorsión, la intimidación, entonces, la inequidad, el problema de tierras, la situación del campo, el poder cuasimonárquico de las élites, la postración de la educación, que debiera poner a la gente en condiciones de igualdad de las oportunidades, y otros muchos temas sociales, políticos y económicos serán el centro del debate y de la acción. Esto implicará que los gobiernos acometan con decisión, políticas públicas para superar con paso firme y rápido estas situaciones que serán siempre un buen caldo de cultivo para nuevas violencias. Pero, de la misma manera, exigirá de los ciudadanos el control político y la participación en la rendición de cuentas.

Será también la prueba de fuego de la democracia colombiana: la inclusión y la equidad o, por el contrario, la prolongación de la injusticia, será el preámbulo y disparador de cualquier aventura política que termine en dictaduras disfrazadas de democracias plebiscitarias en las que será realidad el camino para que la democracia se vuelva contra sí misma. No es poco, pues, lo que está en juego con el fin del conflicto, por lo que perpetuarlo resulta de muchas maneras un buen negocio para algunos que en la guerra han encontrado excelentes oportunidades.

Más allá del plan de estudios

El plan de estudio suele agotar el currículo en nuestras instituciones. Basta con que los estudiantes cursen un número suficiente de créditos y cumplan otros requisitos legales para ser formalmente profesionales. Esta perspectiva pierde de vista la “educación integral o comprehensiva” que tanto anuncian nuestros proyectos educativos.

Valdría la pena preguntarnos por qué las universidades han sido más propicias a ser cuna de radicalismos, frecuentemente conducentes a odios y violencia, que de procesos de perdón y conciliación que lleven al aprendizaje de la tolerancia, el respeto a la diferencia y la aceptación positiva del que piensa y obra distinto. El debate académico fácilmente es reemplazado por fundamentalismos, sean políticos, religiosos, o hasta deportivos.

¿Cómo traer a nuestros campus experiencias de perdón y reconciliación? ¿Cómo instaurar espacios de convivencia y búsqueda de proyectos comunes en la diferencia? Creo que nos falta creatividad pero, sobre todo, nos falta conocer modelos y paradigmas. Podemos creer que unas buenas lecturas resuelven el problema o que las experiencias prestadas superan las vivencias reales. Hace unos días, cuando leía la entrevista a Constanza Turbay Cote que *El Tiempo* publicó,¹ pensaba lo poderoso que resultaría si en nuestra universidad pudiera volverse una práctica habitual la escucha a las víctimas del conflicto que han podido elaborar sus duelos y acercarse al perdón. Estoy seguro de que estos espacios generarían un ambiente más propicio para pensar en otras salidas diferentes a la guerra.

En mi trasegar por la vida nacional, he llegado a observar que la mayoría de las personas que han vivido la violencia por televisión son los más proclives a clamar por la guerra como solución, mientras que quienes han sido sus víctimas, quienes la han sufrido en carne propia, están frecuentemente más comprometidas e inclinadas a encontrar caminos de reconciliación. Dicho en otras palabras, quienes no tienen a quien perdonar o con quien reconciliarse son los más inclinados a pedir exterminio, venganza, cárcel y hasta pena de muerte, y quienes saben lo que significa la guerra piden paz y hasta se disponen al perdón pero, eso sí, irrenunciablemente, exigen verdad, por difícil que sea conocerla. Resulta evidente que este es el punto central donde se jugará la paz de Colombia: verdad sobre lo que pasó, verdad de quienes han sido los victimarios, verdad de quienes propiciaron la guerra por acción o por omisión, verdad de quienes callaron, verdad de quienes no fueron capaces de ser solidarios, verdad de los indiferentes, verdad de los oportunistas e, incluso, verdad de quienes nos creímos ajenos a un conflicto que no sentimos como nuestro. Así, el posconflicto será más doloroso que el conflicto mismo y para eso tenemos que prepararnos y ayudar a preparar a las generaciones que habitan nuestras universidades.

Para nuestro caso, que nos definimos como “universidad católica y lasallista”, es urgente, necesario y de principios saber, pensar, aceptar y comunicar que el perdón es esencial en el cristianismo; es un elemento constitutivo, es al camino al amor. Cuestiona, sí, que en un país que se siente cristiano en su inspiración y en sus valores termine siendo tan difícil hablar de perdón, palabra que a menudo resulta vergonzante. La educación cristiana tiene pues, una responsabilidad respecto a la verdad y un desafío ineludible en la creación de

¹ Publicada el 13 de mayo del 2013 en el diario de circulación nacional *El Tiempo*, Colombia.

escenarios propicios para el perdón y la reconciliación, porque no pocas veces se ha llamado a la violencia en nombre de Cristo y no siempre hemos llegado de primeros al perdón y al amor. En consecuencia, la Iglesia católica tiene un papel fundamental que jugar en estos procesos. Interesante escuchar, por ejemplo, al presidente Mujica de Uruguay, ateo confeso, que reconoce la capacidad y la posibilidad de la Iglesia en estas circunstancias. No deja de ser curioso que haya sido el tema central de conversación con el papa Francisco en este 2013.

Respecto a la responsabilidad social universitaria

En las universidades se han hecho trabajos sobre la historia de la violencia y análisis muy valiosos, tanto para entender las dinámicas sociales de violencia y paz, como para desentrañar el contenido de las políticas públicas y de los discursos de gobernantes, jefes guerrilleros, y otros forjadores de opinión. Los hay que han medido el impacto económico del conflicto como también los que han revisado las tendencias históricas y culturales que explicarían la vigencia y permanencia de la violencia. Creo que muchos trabajos nos han ayudado a comprender y poner en contexto la difícil historia que hemos vivido. Los años que vienen serán también fértiles en necesarias aproximaciones a la historia y a la realidad para nunca volver a repetir esta barbarie y poder construir sobre bases sólidas los nuevos procesos sociales que se necesitan para aclimatar la paz y hacerla sostenible.

De hecho, pienso que en estos tiempos cuando se nos evalúa por la calidad de los *papers* y su aparición en los *journals* internacionales y otro tipo de publicaciones con indexaciones globalmente reconocidas, también habría que encontrar indicadores que puedan dar cuenta de las implicaciones, participación, aportes e innovaciones directamente relacionadas con la paz, con la reconstrucción del tejido social y con la trasferencia del conocimiento al ciudadano sin mayor ilustración. La Universidad colombiana no solamente debe luchar por entrar en los *rankings* internacionales, sino por dejar huella profunda en esta etapa de reconstrucción y necesidad de las mentes más lúcidas para ayudar a encontrar los caminos para la equidad y la paz.

No obstante, creo que debemos también explorar otras posibilidades que tienen que ver con la generación de metodologías, talleres, terapias, propuestas educativas, y otros espacios sociales y comunitarios para facilitar los procesos de perdón y construcción de nuevo tejido social. Ciertamente, es más fácil explicar por qué pasó lo que pasó que adelantarnos en la formulación de

ideas fuerza y dinámicas sociales que prevengan que vuelva a pasar lo que hoy queremos dejar atrás.

Por ejemplo, es necesario pensar en las nuevas metodologías que se necesitarán en la educación rural para rehacer el tejido social. Cuando camino el campo colombiano descubro que además de las terribles tragedias vividas por los campesinos debido al conflicto, tales como el desplazamiento, la violencia o el empobrecimiento, hay otra situación que creo es la más difícil de sortear de cara al futuro. Quizás el peor impacto que ha tenido la violencia en la ruralidad ha sido la pérdida de la confianza en los grupos humanos que soportaban sus relaciones en el valor de la palabra, en la familiaridad, el crédito y la transparencia: una dramática ruptura del tejido social. La llegada de los actores del conflicto, ilegales y legales, acabó con estos valores que son fundamentales en toda sociedad, pero que lo son de manera dramática en el campo, dada la necesidad de confiar en el vecino y de apoyarse mutuamente.

A esto se suma la realidad que nos muestra la situación de la educación rural, que solo puede llamarse como desastre porque lejos de democratizar y poner a los niños y jóvenes en capacidad de competir y en condiciones de igualdad de oportunidades de la educación superior, los condena a una pobre educación que es una forma de perpetuar la pobreza. ¿Cómo formar a los maestros para la educación rural? ¿Cómo generar condiciones para la calidad educativa en la Colombia profunda? ¿Cómo hacer de la ruralidad un espacio para la dignidad? ¿Cómo aportar al desarrollo rural integral y hacerlo sostenible? ¿Cómo transferir técnicas y tecnologías para una producción agropecuaria que genere riqueza y que ayude a generar condiciones de dignidad en la el sector rural?

Menciono solo lo rural, y en su aspecto educativo, pero igual son muchos los escenarios nacionales donde se requiere que lo mejor de nuestra investigación sea transferible en innovación social. Es una apuesta de futuro y comprendo que es más fácil ser historiador que profeta, pero aquí se requiere arriesgar, se impone crear, se nos obliga a generar aproximaciones que cambien muchas inercias y modifiquen las dinámicas sociales, los sistemas de producción, el respeto a los derechos humanos, los mismos modelos económicos, que poco consideran la solidaridad como valor y la asociatividad como medio.

De algunas acciones que emprender

En coherencia con lo anterior, me gusta pensar que no es difícil ser creativo en Colombia. Hay tanto por hacer y tanto por crear que es cuestión de imaginar

para apostarle a nuevas propuestas. Las universidades tenemos que encontrar algunos proyectos donde se muestre en el contexto explícito de la construcción de la paz esfuerzos de responsabilidad social universitaria donde existan componentes que propicien el perdón, la generación de propuestas que aúnen voluntades, que permitan mejorar las condiciones de vida de la gente más vulnerable, transferencia de tecnologías para mejorar la producción o el hábitat, en fin, muchas cosas más.

De nuestra parte, el proyecto Utopía quizás sea uno de los esfuerzos más complejos que ha acometido la Universidad de La Salle dirigido a la inclusión y la reconciliación. Pero, obvio, hay otros proyectos que también promueven la dignidad de las personas y tocan aspectos muy sensibles de las dinámicas sociales.

Utopía es un proyecto de innovación social que integra la generación de oportunidades educativas y productivas para jóvenes de sectores rurales, de escasos recursos económicos, y que han sido afectados por la violencia. Se trata de convertirlos en líderes capaces de lograr la transformación social, política y productiva del país y dar un aporte significativo y novedoso para reinventar la Colombia agrícola y lograr la reconversión agropecuaria sustentable a través de la investigación participativa y la transferencia de nuevas tecnologías.

Por décadas, los jóvenes campesinos colombianos han sido enlistados en los grupos armados; quizás la falta de oportunidades y la pobreza hayan ayudado a empujarlos a este conflicto que ha manchado de sangre nuestra patria. Utopía es una oportunidad para invertir en la esperanza de un país en paz, generador de riqueza y que está llamado a convertirse en una despensa de alimentos para un mundo que muere de hambre.

Utopía presenta grandes desafíos a la creatividad, entre ellos, la sostenibilidad del proyecto en el tiempo, que solo se logrará con solidaridad. Nos decidimos a empezar aunque ahora tenemos que luchar para hacer de Utopía un proyecto sustentable. Sabemos que la generosidad existe, pero es necesario encender la chispa que la inflame. Queremos que el país y quienes tienen más posibilidades inviertan en la educación de los jóvenes de las zonas rurales; es parte de la responsabilidad social a la que se nos invita.